



Atlantique: una patera a la deriva

(Atlantique, Mati Diop, 2019)

Que una sola película sea en sí misma una mezcla de cine testimonial de inmigración, drama social, cine romántico, cine fantástico y película naif de fantasmas, solo puede responder, en principio, a una cosa de dos: o es la obra de un genio, o es una ópera prima. Posiblemente, en este caso, responde más a lo segundo que a lo primero. Y sin embargo hay poderosas razones para que esta película llame la atención. Consideradas por algunos como una pequeña rareza o joya exótica de la cinematografía senegalesa (curiosamente, gran premio del jurado en el festival de Cannes, no sin una cierta polémica, y entre otros significativos premios y nominaciones) el film tiene algo especial, una amalgama de confrontaciones difícil de encontrar en una sala cinematográfica: la fuerza de la naturaleza en un entorno urbano degradado pero simbólicamente coronado por un rascacielos futurista; unas imágenes hipnóticas de una gran playa, con las olas del Atlántico y el realismo social de los jóvenes senegaleses enfrentando sus miradas al horizonte como la única esperanza para un futuro mejor; la belleza racial y sensual de sus actores, tan alejados de los arquetipos al uso, tan africanos. Y, sobre todo, esa misma sensación aventurera de poner los mimbres en una patera cinematográfica y emprender una esperanzadora travesía que acaba, como tantas pateras y tantas películas, en un estrepitoso naufragio que, sin embargo, tiene el incierto encanto de lo naif.

Tal vez habría que comenzar por decir que, hasta la mitad de la película, cuando hacen su aparición los espíritus, la historia engancha al espectador que se

siente predispuesto a descubrir un drama social, racial y romántico. Algo que ya otras veces ha llegado a las salas de occidente como un grito de protesta

ante los crímenes contra la mujer que se cometen impunemente en las culturas africanas (y no solo en ellas): hay un arreglo familiar para que Ada, diecisiete años, se case dentro de solo diez días con el adinerado Omar, pero la joven está en realidad enamorada de Suleimán, quien misteriosamente se embarca una noche en una patera, como otros trabajadores de la construcción, cansados de ser explotados por un constructor sin escrúpulos.



Es en esta primera fase del film cuando se producen los mejores momentos cinematográficos, con ciertas incoherencias del guion, como la de que la joven detenida por la policía que investiga el paradero de su novio, con el que se mensajea, no registre su móvil. Pero en estos momentos todo se perdona, porque la falta de pericia cinematográfica refuerza un cierto verismo en las imágenes, como sucede con las obras singularmente marcadas por sus impulsos primitivos, por la vida y no por su imitación en las películas. También por la perplejidad que nos produce comprobar la pervivencia de costumbres atávicas, la supervivencia incluso empoderada del instinto femenino en sociedades patriarcales; la arrogancia del hombre que reclama a la mujer como algo de “su” propiedad; la reinención del drama de Romeo y Julieta en la cultura senegalesa; o, en fin, la trama correctamente articulada en sus planteamientos iniciales para que la desaparición del joven, en la fase “realista” de la película, genere una expectativa de drama racial, bellamente ambientado en las calles y las playas de Dakar, elaborado sobre el sueño de

llegar a España de una joven generación de senegaleses que sueñan con un futuro mejor.



La joven actriz Mame Bineta Sane centra la trama principal de la película, aportando no solo belleza sino una gran expresividad y una innata capacidad interpretativa. Brilla sobre todo en las escenas en las que se enfrenta a su marido, al que tiene arrestos para dejar plantado a los dos días de matrimonio, y en el tramo de la película en la que se muestra rebelde y combativa frente al asedio del inspector de policía que investiga (como si fuera un homicidio) la quema de su colchón matrimonial.



Tal vez la misma necesidad escapista que lleva a los jóvenes a aventurarse por el océano, es la que lleva a la joven directora franco-senegalesa, Mati Diop, a dejar las aguas y los vientos favorables del melodrama para adentrarse en aguas más procelosas, transformando una intriga abierta en clave de thriller en una historia fantástica que entronca bien con las tradiciones mitológicas africanas, pero que acaba por llevar la película a la deriva de un mundo repentinamente poblado de espíritus justicieros (justicieras, en femenino), en una transición sin anclajes de racionalidad resuelta con

escenas de tal ingenuidad que provocan un efecto similar a la contemplación del arte naif.



El inspector de policía entregado vocacionalmente a la resolución del trascendente caso de la quema de un colchón (i) es la primera víctima de los espíritus que poco a poco van tomando posesión de la película, con chicas poseídas según atestiguan sus ojos velados por lentillas blancas y efectos espirituales a base de luces de discoteca que hacen sonreír, y ser benévolos, ante el alarde de ingenuidad de la joven cineasta que ha conseguido, por méritos propios y la complicidad del jurado de Cannes, una proyección internacional curiosa, sorprendente tal vez, interesante como uno de los fenómenos cinematográficos del pasado ejercicio.

Federico García Serrano



Título original: *Atlantique*

Año: 2019. **Duración:** 100 min.

Dirección: Mati Diop

Guión: Mati Diop, Olivier Demangel

Música: Fatima Al Qadiri

Fotografía: Claire Mathon

Reparto: Ibrahima Mbaye, Abdou Balde, Aminata Kane, Mbow, Mame Bineta Sane, Diankou Sembene, Nicole Sougou, Babacar Sylla, Traore.

Coproducción Senegal-Francia-Bélgica; Cinekap / Frakas Productions / Les Films du Bal

<https://www.filmaffinity.com/es/film/540732.html>

<https://www.imdb.com/title/tt10199586/>

www.elpuenterojo.es

ISSN-2530-4771